

LOS HIJOS DE LA CARNE

Sergio Barros Sánchez

LOS HIJOS DE LA CARNE


ESDR UJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, octubre 2022

© Sergio Barros Sánchez, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: María Gómez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1459-2022

ISBN : 978-84-122931-1-1

Impreso en España · Printed in Spain

A mi padre. Mi padre para siempre.

Si durante mil años se preguntara a la vida, «¿Por qué vives?»,
ella no respondería otra cosa que «vivo porque vivo».
Es así porque la vida vive de su propio fondo y brota de lo suyo.
Por eso vive sin por qué: porque vive de sí misma.

MAESTRO ECKHART, *Sermón del vivir sin por qué*

Oona salió deprisa del bosque y subió la colina sin detenerse. Corría y respiraba entre gemidos sin orden, la sangre supuraba de sus pies, sus uñas se quebraban como corteza seca, pero tenía que subir la colina y tenía que hacerlo deprisa, antes de que la persiguiera la sombra de Ijh, antes de que la sombra de Ijh volviera para reclamar su carne y devorar su cuerpo en venganza. Porque Oona había comido del fruto rojo, y era por eso que ahora corría y arañaba el barro de la colina con los pies doloridos, con las manos nerviosas, con los ojos llenos de fiebre por encontrar la cima y dejar atrás el bosque, el claro del bosque donde el sol ya pudría la carne abierta de Ijh. Subió la colina a cuatro patas, hundiendo sus manos chatas en el barro mientras se mordía los labios y gruñía por el esfuerzo, sin apenas mirar atrás hasta que alcanzó la cima. Allí se detuvo en cuclillas al abrigo de la gran piedra que brotaba del suelo y estudió nerviosa las palmas de sus manos; lamió con ansia cada uno de sus dedos, teñidos de un rojo que reverberaba salvaje a la luz del día.

Oona recordó de nuevo el fruto rojo, el poco fruto rojo que les daban. Apenas había nada para los demás después de que los machos se hubieran saciado, y nada saciaba tanto como el fruto rojo, nada como el fruto rojo extinguía el fuego del hambre, aquel fuego que ardía en el vientre y no cesaba jamás y entonces el ansia de morder, de chupar y de lamer con desesperación como si no importaran las demás cosas. Siempre el hambre y su grito vacío, más y más hondo a medida que pasaban los días y sólo quedaba el fruto verde y amarillo de los árboles para desgarrarlo a dentelladas, porque les daban tan poco, tan poco de aquel fruto rojo que saciaba tanto, que callaba el dolor de las entrañas y bendecía el cuerpo con vigor. Oona se pasó las manos por la cabeza, por sus frágiles hombros, y luego volvió a lamerse los antebrazos con lentitud y estudio, a la caza de cualquier costra roja que se hubiera secado sobre su piel o su pelo. Se frotó con fuerza su nariz chata y dirigió la mirada arriba, hacia el vacío azul donde aún permanecía la gran luz. Entendió que la echarían en falta si no volvía pronto. Los otros la echarían en falta.

Desde aquella altura de la colina los ojos de Oona alcanzaban más allá del llano de barro siempre húmedo, hasta la rivera del bosque grande donde habitaba la gente, junto al agua viva del río. La gente siempre había ocupado aquella rivera junto a la linde del bosque, y seguiría siendo así porque la vida, la de las bestias y los árboles, la de la propia gente que caminaba erguida, jamás cambiaba en su ir y venir incesante. Oona lo había entendido tiempo atrás: a veces la gente y las bestias se quedaban inmóviles para siempre, pero había otros que ocupaban su lugar y realmente eran los mismos. Las bestias

que atravesaban el aire para hundir sus picos en la fruta de cualquier rama, la bestia de garra y colmillo, resplandeciente en la noche de la espesura, la bestia reptante que buscaba el calor de los cuerpos cuando la gran luz abandonaba el vacío azul; todas ellas volvían una y otra vez, incansables, sin error, y persistían en su danza. Y la gente, las bestias que caminaban erguidas, también persistían en su danza y recogían frutos en los límites del bosque cuando llegaba la luz, se ocultaban entre las rocas al venir la oscuridad o el agua que caía sobre la tierra. A veces, los machos tomaban ramas afiladas en sus manos para entrar en el bosque y conseguir el fruto rojo, y Oona, herida por el hambre, había querido saber de dónde lo sacaban. Ella había seguido a los machos a la profundidad del bosque, al lugar en que la luz apenas atravesaba el ramaje que velaba el gran vacío azul, y así pudo ver lo que ellos les hacían a las bestias: cómo las acechaban, cómo las embestían y desgarraban su piel con la aguda punta de las ramas, que se hundía tan profundo en la carne. Oona había visto el manantial rojo brotar del cuerpo de las bestias de cuatro patas con pezuñas, había visto el manto de tierra húmeda del bosque empaparse de aquel color y el aire que de repente olía ácido. Y le gustaba aquel olor, que penetraba en su cuerpo y era una llamada lejana y antigua, como si entonces sólo existiera aquel olor y nada más.

De cuclillas, con la espalda contra la gran piedra, Oona recordó el primer día en que se aventuró a seguir a los machos y pudo ver a una de las grandes bestias de cuatro patas caer ante ellos, con el cuello ensartado de parte a parte por varias ramas afiladas. Habían gemido, Oona y la bestia, cuando el

manantial rojo brotó de la herida para anegar la tierra húmeda. Después de que los hombres se marcharan con el cuerpo inmóvil de la bestia, Oona abandonó su escondite tras las ramas y olfateó el suelo bajo la luz fragmentada por la celosía de los altos árboles. Mojó la punta de los dedos en el jugo rojo que rebosaba de la tierra y los acercó a su nariz, olfateando profundo. Luego, sin entender el motivo, lamió con ansia la tierra y masticó sus terrones, la arañó sin cesar hasta secarla por completo. Después se revolcó sobre ella hasta que no pudo más, movida por aquel fuego que ardía tan hondo en su vientre, y luego quedó allí tendida mientras respiraba con fuerza, con la mirada más allá de las copas de los árboles y los dientes y la saliva enturbiados de rojo. Oona recordaba vivamente cómo se estremecieron su lengua y su carne la primera vez que probó el jugo rojo de la bestia. No había pensado en otra cosa desde entonces, no había sido capaz de olvidar aquel sabor ácido sobre su lengua, el ansia por repetirlo sin fin, la desesperación de no volver a sentirlo jamás. Desde aquel día, cuando nadie la miraba, Oona se alejaba de la rivera para buscar piedras afiladas y raspar ligeramente su carne, porque había descubierto que el jugo rojo también brotaba de ella. Lo lamía con calma y entonces llegaba la paz. De esa manera comenzó a pensar en el viejo Ijh, que ya cojeaba y era incapaz para la caza en el bosque, que ya no podía correr.

Descendió la colina con pasos ágiles hacia el llano de barro, saltando a veces y otras ayudándose con las manos y los codos y después a cuatro patas para no resbalar, y se dirigió a la rivera, que ya podía verse a lo lejos. Distinguió varias figuras que se recortaban contra la verde espesura del bosque denso

y hurgaban el suelo en cuclillas, machacando frutos contra las piedras, a la caza de los niños que se habían alejado. Era la gente, viviendo como solía vivir, siempre a la búsqueda de la raíz y del fruto, cautivos de su miedo a la bestia y al agua que caía incesante durante días, del dolor de sus cuerpos y de su hambre. Oona no pudo ver a ninguno de los machos a lo lejos, y los imaginó en las entrañas del bosque, a la caza de la bestia de cuatro patas como ella misma había dado caza al viejo Ijh en el pequeño claro junto al arroyo. El vientre le quemaba mientras el sudor y el cansancio pesaban ya en su carne, sintió caer sus párpados y un destello de dolor tras los ojos. Cuando puso los pies sobre el manto verde de la rivera, salpicado de excrementos y plumas que se descomponían bajo la luz, se dirigió hacia uno de los agujeros de la pared de roca, uno de tantos que la gente había tapado con cañas y ramaje, para acomodarse dentro y derrumbarse sobre la hierba, abrazando sus propias rodillas mientras cerraba los párpados con fuerza y se relamía. Estaba orgullosa de haberlo entendido, satisfecha de comprender que el jugo rojo brotaba de todos los cuerpos, de todos los cuerpos cálidos de vida, y al perderlo las bestias y derramarse afuera, su vigor desaparecía hasta que los abandonaba el aliento, y que la misma cosa sucedía con la gente. Antes de que el sueño la tomara, Oona recordó el claro del bosque y los ojos inmóviles del viejo Ijh, el jugo rojo en el vientre muerto del viejo después de la primera dentellada.



Has conocido el corazón del bosque, sus penumbras incesantes y los muchos surcos que las hondas raíces graban en su barro. Has frecuentado también la sombra, el deseo de estar a solas y lejos de los demás, lejos de la promesa de dolor que puedes ver en sus ojos. En ocasiones observas, a veces te lamentas en silencio sin entender siquiera el motivo; piensas siempre y sin pausa. Pensar, el gruñido en tu cabeza, el gruñido que también es el mismo que a veces sale de tu boca y llamas voz. Pensar, decir palabras, gruñir en solitario, gruñir por ejemplo tu desconsuelo y tu rabia, porque sabes nombrar esas cosas. Decirte palabras sobre los otros, sobre el resto de la gente, que agota sus días a la espera de la carne y del calor en el vientre, del violento placer de los cuerpos. La gente, que se parece tanto a las bestias. La gente de tan pocas palabras, la gente que ignora el poder de nombrar, que ignora el igual y la cifra, que no puede ordenar las muchas cosas de la rivera, del bosque y del cielo para componer una imagen. Tu asombro al entender que la gente es incapaz de agrupar, incapaz de comprender que el gruñido «piedra» está unido a todas las

piedras, que señala el grupo de todas las piedras sin dejar fuera una sola. Pero tú comprendes, Logh, y pronuncias para ti ese gruñido cuando estás solo. Comprender es la súbita luz que se enciende en tus ojos cuando distingues que ciertas cosas existen unidas, que unas dependen de las otras, que sin unas no hay otras. Así lo sabes desde niño.

Siempre miras el mundo, Logh. Y la gente no lo mira de veras en todo lo que tiene de ajeno, de terrible, de espiral y de extraño; una herida en los ojos y la garganta. Siempre el horror de las cosas; las cosas, Logh. Haber nacido de un vientre de hembra, salir de allí entre la sangre y las heces sin entender el motivo, ser la carne de otro antes que esta extraña carne que se mueve por sí sola, una carne voraz llena de hambre por otra carne, que se mueve sin cesar para devorarla. Las cosas son así, Logh, simplemente así, y sabes en la intimidad de tu corazón que no cambiarán nunca, que ese movimiento de las cosas jamás alcanzará un final. Siempre será la rivera, siempre las bestias movidas por el hambre, siempre la estúpida gente que mira sin ver. Y tú mismo en el círculo, Logh, tú mismo como agente del hambre y del deseo sin raíz que no conduce a nada, salvo a prolongar este ciclo tan estéril que no se puede comprender. Tú mismo dolido por el hambre, Logh, el horror que se abre ante ti cuando el impulso de comer duele de nuevo en tu interior para correr libre por tus venas, ardiendo en tu vientre. El horror definitivo de saberte una bestia.

Piensas tanto en tu padre, Logh, en aquel hombre llamado Yaoh que te condujo un día a lo profundo del bosque, lejos de los otros, y rodeando tu rostro con sus manos te confesó «vienes de mí, yo te engendré». Entendiste la verdad de sus

palabras porque tu forma de mirar las cosas era la suya, por lo mucho que se parecían vuestros cuerpos, porque las palabras eran sencillas para vosotros y siempre torpes para los demás. Junto a él recorriste los senderos, el hondo corazón del bosque y la limpia soledad vacía de la espesura virgen. Y lo querías, Logh, necesitabas sus palabras y el calor de sus manos, sentir que alguien más contemplaba desconcertado la rivera y el bosque, las bestias y la hiriente luz, la realidad misma de la luz y de unos ojos que la reconocieran. Te mostró el modo en que los árboles crecían, el orden constante de las estrellas en el cielo de la noche, la virtud oculta de algunas flores para curar las heridas, los incesantes hábitos de las bestias. Te confesó también que a pesar de todo no entendía nada, que temía muchas cosas de este mundo; tenía miedo de que las cosas fueran de este modo y no de otro, de que las cosas simplemente fueran.

Y un día como tantos otros tu padre se quedó inmóvil para siempre. Te había preparado para ese momento y quiso hablarte de su muerte futura, quiso que pudieras entender lo esencial: tu soledad y su ausencia, que a pesar del horror del mundo y de las cosas del mundo, esa muerte no sería un alivio para él porque tú existías. Quiso que entendieras su lamento por abandonarte, por desaparecer mientras quedabas solo en el tiempo y en las cosas, en el desolado miedo. Te pidió que lo perdonaras por haberte engendrado, y susurró palabras confusas sobre el cuerpo de tu madre y su calor. Miró en tus ojos con los suyos; temblaba de frío y de muerte cuando te apretó la mano. Después sus ojos quedaron vacíos, su carne quieta, y fue un cuerpo que pesaba inerte sobre el suelo. Y en la

profundidad de la espesura, junto al arroyo donde te confesó que habías nacido de su sangre, abriste la tierra con tus manos para sepultar su cuerpo y negárselo a las bestias. En ocasiones te sientas junto al arroyo y recuerdas a Yaoh. Y entiendes que no hay nadie más y que siempre estarás solo.

A veces piensas en la pequeña hembra, Logh; no quieres hacerlo, en realidad no lo deseas, su imagen te perturba, pero siempre termina por volver. Y te dices que recordarla de ese modo, como un eco en la memoria que hace correr más rápido tu sangre, es terrible y es sucio. Y lo llamas el mal, una parte del mal tan extenso que te cerca. El mal es simplemente aquello que sucede, has llegado a saberlo con el tiempo: el mal es lo que se mueve por la rivera y el bosque, la misma rivera y la misma espesura son el mal, los procesos fatales que suceden allí: las bestias que devoran bestias, la gente que enferma para morir, la furiosa lluvia, el veneno que acecha en ciertas y luminosas flores, la noche que devora el cielo azul, las bestias que viven en su vientre. Y a eso lo llamas malo, a eso lo llamas el mal, a eso que también vive en el corazón de la gente y de sus hijos; no resistirse al impulso de las cosas, a la inercia del hambre y al deseo por desgarrar la carne a colmillo y poseerla con placer en el cuerpo de los otros. Es sencillo contemplarlo, basta con levantar la mirada y el mal se encuentra allí, porque el mal es el mundo mismo, el bosque que crece en silencio y las hembras que paren sin cesar, llenando obscenamente el vacío con más cuerpos que tienen hambre de otros cuerpos. Y la pequeña hembra es mala, Logh, no se resiste jamás, nunca se opone a su hambre ni a su deseo de abatir a la bestia, de comer hasta el último fruto y de arrancar hierba y ramas sin propósito,

de que los otros la obedezcan, de castigar con un punzante dolor en la carne a cualquiera que se oponga a ella. Y sin embargo la sigues a veces, Logh, piensas en la pequeña hembra y la buscas con los ojos. Y te avergüenzas de ti mismo y piensas en tu padre.

Así la viste aquella mañana, cuando descansabas cerca del arroyo y su interminable música, observando la luz que brillaba entre las hojas de la espesura. Primero te llegó la voz ansiosa del viejo Ijh, y luego los susurros de la pequeña hembra, que lo incitaba con tono suave. Pudiste mirar entre la celosía verde de lianas y raíces y allí estaban, en pleno claro del bosque bajo la luz, junto al arroyo; el viejo con la mirada encendida y la pequeña hembra que se inclinaba para mostrarle su oquedad abierta, reluciente de flujo. Los ojos del viejo ya sólo veían aquellas piernas separadas y la oquedad entre ellas, cuando la pequeña hembra, con las rodillas apoyadas en el suelo, rodeó la piedra con los dedos de su mano derecha y la apretó fuerte mientras sonreía. Y luego lo que esperabas, lo inevitable. Mientras el viejo rodeaba la cintura de la pequeña hembra con las manos, dispuesto a penetrarla con su dureza, ella que se volvía rabiosa. La piedra y el crujir de la sien, el grito que ensuciaba el aire de la mañana, los dientes rotos del viejo, libres por el aire. La lluvia roja sobre las hojas secas en el suelo del claro. El golpe y luego el golpe y la pequeña hembra a horcajadas sobre el viejo, que temblaba como tiembla una rama seca contra la brisa. Recuerdas el rostro de la pequeña hembra entonces, Logh, su piel salpicada de gotas de rojo, su boca torcida por el placer y sus ojos fijos en los del viejo mientras empapaba la piedra con su sangre, a puro

golpe seco una vez tras otra, sin detenerse hasta que el cuerpo bajo ella cesó de temblar. Luego la recuerdas relamiéndose los labios, como recogiendo con primor las finas gotas de rojo que habían quedado allí. Y entonces ella también tembló.

Supiste lo que sucedería después, lo supiste sin duda porque la vida no es nada aparte del hambre o el mal. El hambre, Logh, el vientre que se abre al aire en un grito que no conoce la piedad; las bestias que son hambre a cuatro patas, hambre gélida que se arrastra, que surca el aire en un fugaz aleteo, hambre que camina erguida y puede pensar y dice palabras. La gente, hambre capaz de pensamiento, como esa pequeña hembra armada con sus pulgares que entonces soltó la piedra y luego se quedó inmóvil un instante, mientras respiraba fuerte sobre el silencio del bosque y contemplaba el cuerpo del viejo Ijh bajo la luz que ardía en el claro. Pudiste ver el sudor que se volvía rojo sobre sus pechos, la mirada en los ojos de su hambre, sus dedos que acariciaron la piel del cuerpo inmóvil y luego se crisparon, como si quisieran rasgarla y liberar las vísceras y la sangre. Y después su boca entreabierta, el fino temblor en sus labios al inclinarse en busca del vientre del viejo para hundir al fin su rostro y sus colmillos en aquella carne blanda. Recuerdas el sonido tenso de la piel al desgarrarse, el sordo gorgoteo de la pequeña hembra y cómo gemía, Logh, cómo gemía en su placer de fauces y de lengua enredada en jirones de carne casi viva todavía, que se agitaban como serpientes desnudas de su piel.

Ella se estremecía, Logh; el cuerpo de la pequeña hembra, teñido en sudor y en sangre, se estremecía. Y tú cediste al estertor también y el mal pudo tentarte entonces, porque sentiste

en tu sangre que ella te llamaba, que el cuerpo de la pequeña hembra tan voraz, envuelto en fina piel de vísceras y jugos del cuerpo inmóvil del viejo, despertaba tu deseo y tu ansia. Así la enseñarías, ¿Verdad, Logh? Así castigarías su crueldad sin remordimiento, sometiéndola con tu dureza de macho hasta que pidiera perdón entre gemidos, pero sonriera con esos colmillos suyos que desgarraban carne de hombre, pidiendo más y más sin límite. Y eso era la maldad, Logh, bien lo sabes; más y siempre más. Eso que te susurraba la espesura, llevando a tu sangre el canto de sus mil insectos carnívoros. Pero el mal no pudo contigo entonces, porque tú resistes siempre el canto de la espesura, esa inercia de tu propia carne cegada por el hambre sin límite, y a eso lo llamas el bien. El bien es imponer la calma al movimiento desordenado de los cuerpos que se persiguen los unos a los otros para devorarse, los cuerpos que engendran otros cuerpos que se devorarán interminablemente en esa danza sin final. El bien es resistir, es la fortaleza de la voluntad frente al deseo de la carne. El bien es decir no a la espesura y al cielo, a la tierra y sus sierpes, al camino que la carne abre a colmillo, el ansia por someter hasta el viento y a las bestias, al furor unánime de todo lo que se mueve por sí mismo y está hambriento. Y triunfaste como siempre, Logh; no cediste a la tensión de tu carne que te arrastraba hacia la pequeña hembra. Ni siquiera vacilaste al verla saciada, cuando volvió a levantar su rostro para mirar al cielo y gruñó alto y algunos pájaros levantaron el vuelo desde la espesura. Tenía los labios tan vivos de rojo, los colmillos corruptos de sucias hebras de carne; y se acarició los pechos, enturbiándolos aún más de sangre y de sudor, y se dejó caer de espaldas

al suelo para llevar sus manos a la entrepierna y acariciarse dulcemente allí. Y la pequeña hembra gimió entonces, Logh; gimió hasta quedar temblorosa sobre las hojas secas del claro. Y suspiraba.

Luego la viste cubrir desordenadamente el cuerpo inmóvil del viejo Ijh con hojas y barro, moviéndose veloz por el claro mientras buscaba ramas y lianas secas para ocultar lo que había sido su alimento. Hincó las rodillas junto al arroyo y sumergió con furia su cabeza en la corriente, mojó sus manos y se frotó el cuerpo con ellas, movida por el súbito celo de liberar su piel de las marcas rojas que la teñían. Supiste que tenía miedo, Logh; la pequeña hembra temía la mirada de los demás, que los demás la repudiaran por haber devorado las entrañas del viejo Ijh. Aún no lo comprendía, eso pensaste mientras la espías atento a través de las lianas y las hojas. También era hábil con las palabras y una chispa de ingenio le brotaba en los ojos, pero no comprendía que la gente cedería sin esfuerzo al placer de la carne fácil, de la carne del otro. No tardarían en aceptarlo, en bendecir con la costumbre lo que ahora podía ser atroz. La pequeña hembra entendería esa verdad, quizás en poco tiempo y sin dificultad alguna, y qué harías tú, Logh. Qué hacer entonces. Eso pensabas al verla correr hacia la colina, lejos del claro en el que ahora flotaban la muerte y los insectos.



La gran luz abandonó el vacío azul para dar paso a la oscuridad, y a la gente hacinada en las oquedades de roca cubiertas de caña, antes de que Oona se decidiera a volver al claro del bosque más allá de la colina. Nadie había echado en falta al viejo Ijh y Oona esperaba, así lo deseaba en secreto, que la ausencia del viejo se resolviera como siempre, porque los ancianos, cuando ya los vencía la debilidad y el peso insoponible de su propio cuerpo, caminaban hacia el bosque y jamás volvían a la rivera, y nadie de la gente se interesaba más por su destino.

Mientras Oona recogía frutos junto al resto de las hembras o afilaba ramas calmadamente para los machos, imágenes del bosque acudían a su interior; imágenes de la carne de Ijh cubierta de barro y de hojas secas, tal y como la había dejado antes de huir. Cruzó algunas palabras con Ina, la pequeña hembra de ojos saltones que solía dormir junto a ella en el agujero, y también con Mur, el macho que a veces buscaba el placer entre sus piernas, pero no dijo nada de la carne del viejo Ijh ni de la manera en que se estremecía al recordarla.

La gente era capaz de recordar, de pronunciar palabras a veces, gruñidos que figuraban las cosas cuando las cosas no estaban presentes junto a ellos, pero Oona entendía que ningún gruñido suyo debía poner a los demás sobre la pista de la carne de Ijh. Sólo ella conocía el lugar y únicamente ella podría volver, que otro pusiera el pie en aquel pequeño claro junto al arroyo, que cualquier otro alcanzara el lugar por suerte o casualidad comenzó a desvelarla, a turbar su calma sin piedad ni descanso. Así empezó a observar las idas y venidas de los otros sobre la hierba de la rivera, persiguiéndolos con la mirada mientras fingía ocuparse de otras cosas.

Desconfió de inmediato de los niños, los niños siempre tan inquietos, que se movían y peleaban a grito y a piedra alrededor de la gente alta, llenos de vigor y de risa. Ahora miraba a los machos de otra forma y no sentía miedo, porque había cazado igual que lo hacían ellos con sus ramas afiladas, pero temía a los niños, tan impredecibles en sus juegos y en su curiosidad. Los niños que todo lo miraban, que siempre terminaban por traspasar los límites de la rivera y parecían buscar el peligro. A veces, a solas, se relamía de nuevo.

Y sobre todo temía a Logh, el joven macho que nunca salía de caza y que los demás tenían por loco. Él siempre había observado a Oona en la distancia, con esos ojos como ascuas que tenía, tan severos, tan fijos en todas las cosas. Logh pasaba su tiempo caminando a solas por el bosque o tendido en el prado, simplemente mirando el vacío azul o las pequeñas bestias negras de seis patas. Parecían gustarle aquellas bestias de seis patas que vivían bajo la tierra y que tanto picor llevaban al cuerpo cuando caminaban sobre la carne de la gente.

Pasaba días sin dejar de observarlas, con la mirada absorta en las filas que trazaban en la tierra hasta los agujeros donde vivían, como si aquellas mínimas bestias guardaran algún secreto, como si hubiera algo que aprender de ellas. Una noche, cuando aún eran niños, Oona abandonó su agujero para regar la tierra con su orina y pudo ver a Logh, sentado a solas en la rivera bajo la oscuridad, mirando con fijeza los puntos de luz que la jalonaban. Logh observaba siempre, no era fácil saber dónde encontrarle en cada momento, y Oona se preguntaba si él ya sabría lo del viejo Ijh y si también deseaba el fruto rojo. Por eso temía a Logh, porque era muy distinto de los otros machos y siempre la había observado en la distancia.

El temor a los niños era muy diferente, y aunque Oona podía entender que ninguno de ellos alcanzaría nunca el bosque más allá de la colina, los vigilaba en silencio y con una desesperada atención; lanzaba miradas de reojo mientras recogía frutos con Ina y las demás hembras, movía piedras y cañas para tapar agujeros de la pared de roca o tomaba asiento en el círculo junto a los otros después de que la gran luz abandonara el vacío azul. Los niños correteaban continuamente entre ellos sin orden ni pausa, eran a la vez de todos y de nadie. Dormían junto a cualquiera y cada una de las mujeres los alimentaba sin preguntar, azarosa y desordenadamente, porque los niños habían salido de su interior, de la profundidad de su vientre desnudo. Simplemente sucedía sin más, una mujer comenzaba a engordar un día y eso era todo. Un niño salía de allí pasado un tiempo, desgarrando la carne para que los gritos de ella resonaran por todo el bosque, la rivera y la colina. Algunas hembras se dirigían al bosque y allí dejaban salir al

niño de su cuerpo, pero muchas no volvían jamás, igual que no volvería el viejo Ijh. Eran los niños, pensaba Oona, los niños que no significaban más que hambre en el vientre y dolor en la carne, los niños curiosos que no podrían alcanzar el claro, que no podrían llegar. Pero tal vez Logh, quizás Logh hubiera llegado allí; Oona no había podido encontrar a Logh desde que volvió a la rivera. Y ella tenía hambre, hambre por volver al claro y saciarse con el cuerpo del viejo Ijh.

Aquella noche reptó fuera del agujero en que dormía junto a Ina y Kera para recorrer el llano de barro hasta la colina, en silencio y con la vista atrás cada vez que se levantaba un leve rumor en el bosque. Oona, como todos los demás, temía la oscuridad hirviente de miedos y bestias, pero su hambre era todavía más fuerte que su temor, el deseo de que el jugo rojo ardiera en su boca y regara de nuevo su vientre. Y obedeció aquel deseo hasta alcanzar el claro, avanzando en ocasiones de cuclillas, con los ojos abiertos y alerta, con la respiración suave y contenida. Creyó distinguir a un par de bestias aladas que volaban de árbol en árbol frente a ella, pero a ninguno de sus hermanos de la rivera.

Todos los demás dormían mientras Oona llegaba al claro del bosque, al claro que ella deseaba y temía, y no sólo por la oscuridad que ahora lo inundaba. Los pasos de Oona crujieron sobre las muchas hojas secas que cubrían la tierra húmeda, y ella dirigió la mirada a través de la urdimbre de troncos entrelazados, intentando penetrar en lo oscuro para ganar alguna ventaja sobre las bestias que la aguardarían allí. Se demoró unos momentos antes de poner pie al otro lado del arroyo que atravesaba el claro y apartar ávida, con las pupilas del todo abiertas,

el montículo de hojas con el que había cubierto al viejo Ijh. Ahora el viejo ya no se movía, pensó; ya no volvería a moverse jamás, era carne quieta ahora. Y era sencillo convertir a los otros en carne quieta, mucho más de lo que había pensado al principio; fue tan fácil con el viejo Ijh. Recordaba el ansia, el temblor que le nació dentro cuando jugó a celarlo aquella mañana, porque el viejo Ijh codiciaba la oquedad que se abría entre las piernas de Oona, como la codiciaban todos los machos. Recordaba también haberse inclinado para mostrarle la oquedad al viejo, que la siguió sin palabras, y mojar después las puntas de sus dedos en el agua viscosa que supuraba de su entrepierna para meterlos luego uno a uno, interminablemente, en la boca del viejo y encender la fiebre en sus ojos. Y luego la piedra y la sien, y el crujir, el grito. Los muchos golpes en tormenta que tiñeron de rojo las hojas secas. Y el hambre.

Un olor acre invadió el claro cuando Oona apartó por completo el montículo de hojas. Pudo ver al viejo Ijh, la carne inmóvil que ya era el viejo Ijh, cubierta por una multitud de pequeñas bestias de seis patas que la devoraban laboriosamente. Salían de su ojo izquierdo, de su boca abierta con los dientes quebrados, de las heridas que Oona le había dejado en la sien y la frente, del pecho horadado a golpes. Oona se tambaleó y luego cayó de rodillas, todavía sin apartar la mirada de la carne que brevemente había sido suya. Era el olor, aquel olor lo que apagaba su voluntad. Un jugo ácido escapó de su boca y quebró su cuerpo hasta ponerla a cuatro patas. Oona tembló al derramarlo sobre la tierra y las hojas secas del claro; hubo entonces un rumor de alas entre los árboles. Temblaba todavía cuando se alejó reptando y hundió su cara en la

corriente fresca del arroyo. Se quedó tendida unos instantes hasta que la furia le ardió en el pecho, y pudo levantarse para arrojar incesantes piedras al cuerpo del viejo Ijh, a esa carne que ya no sería suya ni de su vientre. No debía comer de aquella carne, el olor se lo había revelado. Abandonó el claro poco después, preguntándose si las bestias de seis patas habían ensuciado el alimento de su hambre. Qué podría comer ahora que la piedra del hambre pesaba de nuevo en su vientre.